HOMILÍA - EL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE JESUCRISTO

CICLO "B"

Los cristianos celebramos hoy la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, quien, con estos alimentos sagrados, ofrece el remedio de la inmortalidad y la prenda de la Resurrección (elog. del Martirologio Romano).

I.- LAS LECTURAS

LA EUCARISTÍA ES ALIANZA, BANQUETE Y SACRIFICIO

- **Libro del Éxodo 24, 3-8.** Esta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros. Dios hizo una alianza en el monte Sinaí con su pueblo Israel, y este prometió cumplir su voluntad expresada en los mandamientos

- **Salmo Responsorial 115.** Con el salmista alcemos la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. Pongamos nuestra confianza en el Señor.

- **Carta a los Hebreos 9, 11-15.** Jesucristo es el Salvador y el Redentor de la humanidad pues con su sangre derramada en la cruz purificó nuestra conciencia de los pecados llenándonos de su gracia y llevándonos al verdadero culto.

- **Evangelio según San Marcos 14, 12-16. 22-26.** Esto es mi Cuerpo. Esta es mi sangre. Jesucristo instituyó en la última Cena la Eucaristía como nueva y eterna alianza, sellada con su Sangre.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- La Eucaristía es el sacramento de la presencia de Nuestro Señor Jesucristo

Nuestra fe católica confiesa que Jesucristo está real, verdadera y sustancialmente presente en la Eucaristía bajos los signos del pan y del vino. Confesamos gozosamente la fe de la Iglesia.

Ya nadie está solo en la vida. Jesús está a nuestro lado, cerca de cada uno de nosotros. Él nos lo ha dicho con estas palabras inmensas que tanto gozo, consuelo y esperanza infunden en nosotros: "Yo estaré con vosotros hasta el final de los siglos". Gracias, Señor.

"Mirad al Señor que nos está mirando"
"Estemos con Aquel que nos ama y nos quiere".
Dediquemos tiempo a estar con el Señor en la Eucaristía.

No pasemos de largo ante el Señor.
Jesucristo nos ha llamado para que "estemos con Él" y "para enviarnos a anunciar el evangelio".

Después de las palabras de la consagración pronunciadas por el sacerdote, el pan y el vino han sido transformados y convertidos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Ya no hay pan ni vino. Sólo permanecen los accidentes del pan y del vino sustentados por la omnipotencia divina.

Adoremos a Cristo presente en la Eucaristía.
Contemplemos sin prisas al Señor en la Eucaristía.
Alabemos y amemos al Señor con todo nuestro ser.

Intercedamos ante el Señor por las necesidades de la humanidad, de Iglesia, de la familia...
Dejémonos mirar, amar y salvar por el Señor presente en la Eucaristía.

Su mirada está llena de amor y nos salva…
¡Qué bien se está aquí, Señor!
¡Señor! Cuando nos llames de este mundo, llévanos contigo al cielo para que estemos contigo para siempre, para siempre, para siempre.
¡Señor! No te vayas sin nosotros…!

2.- La Eucaristía es el sacramento del sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo

Confesamos con la fe de la Iglesia Católica que la Eucaristía es el sacramento del sacrificio de Cristo en el Calvario: "Su Cuerpo entregado por nosotros…; Su Sangre derramada por nosotros".

Con inmenso amor demos gracias al Señor que nos amó con un amor desmedido hasta dar su vida por nosotros. "Me amó y se entregó por mí", dice San Pablo.

Con certeza proclamamos que su muerte coronada por su resurrección es el manantial de la paz y de la vida, del perdón y de la misericordia, para la entera humanidad.

3.- La Eucaristía, sacramento de Cristo resucitado

La muerte en cruz no fue el final de Jesús. Es la senda que lo conduce a la plena glorificación acontecida en su resurrección gloriosa.

Celebrar la Eucaristía es adentrarnos en el misterio de la glorificación de Jesucristo y, con ella, en la del hombre que se anticipa ya ahora, aunque su consumación plena es una realidad que esperamos todavía.

Con la fe de la Iglesia católica proclamamos: "creo en la resurrección de los muertos y en la vida eterna".

4.- Tomad y comed….Tomad y bebed…

El Señor nos invita a compartir su mesa y a participar en el banquete de su amor. Acerquémonos con profunda fe y amor a recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Cristo se nos da como alimento de vida eterna y bebida de salvación.

Para comulgar es necesario tener el alma limpia de todo pecado mortal…

III.- DE LA PALABRA A LA EUCARISTÍA

Hemos escuchado las lecturas de la Misa. Ahora contemplemos el misterio eucarístico que es un misterio de amor y de gracia. Demos gracias al Señor que en su infinita bondad y misericordia se ha hecho "alimento" para nuestro caminar hacia la Vida Eterna.

Recordemos aquellas palabras de Jesús que se hacen realidad aquí y ahora, y al final de los siglos: "el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día" (Jn. 6, 54).

IV.- DE LA EUCARISTÍA A LA MISIÓN

*** Recordemos las enseñanzas de San Pablo:**

"Cuando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor; porque cada uno se adelanta a comer su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga.¿No tenéis casa para comer y beber? ¿O es que despreciáis a la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen? ¡Alabaros? ¡En eso no os alabo!" (ICort.10,20-22).

Pasemos de la mesa de la Eucaristía a poner la mesa entre los pobres

*** Insertamos ahora estas palabras del Concilio Vaticano II:**

"No se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la sagrada Eucaristía; por ella, pues, hay que empezar toda la formación para el espíritu de comunidad. Esta celebración, para que sea sincera y cabal, debe conducir lo mismo a las obras de caridad y de mutua ayuda de unos para con otros que a la acción misional y a las varias formas del testimonio cristiano" (PO 6).

La Eucaristía nos invita a hacernos "pan partido para darnos a todos". ¿Qué debemos hacer por los demás? No nos dejemos arrastrar por la globalización de la indiferencia ante los pobres, los excluidos….

*** Nuestros Obispos han manifestado:**

"En este sacramento se manifiesta especialmente el amor de Dios que estimula en nosotros el ejercicio de la caridad en la forma y grado que a cada uno corresponde. Ante las necesidades ajenas, Jesucristo se conmueve y muestra su rostro compasivo. **Su ejemplo nos enseña que la verdadera compasión comienza por estar solícitamente atentos a las necesidades de los otros y hacer todo lo posible por remediarlas"** (Mensaje de los Obispos. Corpus Christi, 2012).

Terminamos. Unidos en la oración
Cáceres, 1 de junio de 2015

Florentino Muñoz Muñoz

FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI - 2015

DÍA DE LA CARIDAD,

El papa Francisco ha denunciado con frecuencia la indiferencia como uno de los grandes males de nuestro tiempo. El olvido de Dios y de los hermanos está alcanzando dimensiones tan hondas en la convivencia social que podemos hablar de una "globalización de la indiferencia" [1].

Ante esta dolorosa realidad, los **obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social** os invitamos a contemplar, celebrar y adorar a Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía como el medio más eficaz para vencer y superar la indiferencia. La Eucaristía tiene el poder de trasformar el corazón de los creyentes, haciendo así posible el paso de la **"globalización de la indiferencia**" a la **"globalización de la caridad**", impulsándonos a la vivencia de la comunión fraterna y del servicio a nuestros semejantes.

1. La Eucaristía, sacramento de comunión con Dios y los hermanos: «Si un miembro sufre, todos sufren con él» (1Cor 12,26)

El apóstol Pablo les decía a los cristianos de Corinto que la recepción del Cuerpo y la Sangre de Cristo tiene el poder de establecer una comunión tan fuerte entre quienes creen en Él que aleja del corazón humano la indiferencia y la división: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan» (1Cor 10,16-17).

Esta comunión eucarística, que nos transforma en Cristo y nos permite crecer como miembros de su cuerpo, nos libera también de nuestros egoísmos y de la búsqueda de los propios intereses. Al entrar en comunión con los sentimientos de Cristo, muerto y resucitado por nuestra salvación, se nos abre la mente y se ensancha el corazón para que quepan en él todos los hermanos, especialmente los necesitados y marginados. **«Quien reconoce a Jesús en la Hostia santa, lo reconoce en el hermano que sufre, que tiene hambre y sed, que es extranjero, que está desnudo, enfermo o en la cárcel; y está atento a cada persona, se compromete, de forma concreta, en favor de todos aquellos que padecen necesidad»** [2].

“Nuestra participación en el cuerpo y la sangre de Cristo sólo tiende a convertirnos en aquello que recibimos” (San León Magno) [3]: cuerpo de Cristo entregado y sangre derramada para la vida del mundo. Desde la comunión con Cristo llegamos a ser siervos de Dios y de los hombres. De este modo, la Eucaristía constituye, en palabras de Benedicto XVI, «una especie de antídoto» [4] frente al individualismo y la indiferencia, y nos impulsa a lavar los pies a los hermanos. [5]

2. La Eucaristía, sacramento que nos compromete con los hermanos: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9).

De la Eucaristía derivan el sentido profundo de nuestro servicio y la responsabilidad en la construcción de una Iglesia fraterna y esperanzada, así como de una sociedad solidaria y justa. Esta sociedad no se construye ni se impone desde fuera, sino a partir del sentido de responsabilidad de los unos hacia los otros. Como miembros del Cuerpo de Cristo descubrimos que el gesto de compartir y la vivencia del amor es el camino más adecuado para superar la indiferencia y globalizar la solidaridad.

En este mismo sentido, la campaña de Cáritas nos plantea este año una pregunta muy directa y concreta: **«¿Qué haces con tu hermano?»** [6]. A esta pregunta, no podemos responder como Caín: «¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9). Hoy y siempre estamos llamados a preguntarnos dónde está el hermano que sufre y necesita nuestra presencia cercana y nuestra ayuda solidaria.

La solidaridad, como nos recuerda el papa Francisco, es «más que algunos actos de generosidad esporádicos. Es pensar y actuar en términos de comunidad (...), es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra, la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales» [7].

Ante esa multitud de hermanos que sufren, debemos mostrar nuestra especial cercanía y afecto hacia quienes claman y esperan de nosotros una mayor solidaridad.

No podemos ser indiferentes

• **Ante la muerte violenta de miles de cristianos**, en distintos países de la tierra, por el simple hecho de mostrar el amor de Dios a sus hermanos y por confesar a Jesucristo como único salvador de los hombres.

• **Ante la situación de tantos cristianos y no cristianos** que, a pesar de la corrupción y de las dificultades de la vida diaria, actúan con honestidad, trabajan por la justicia y se esfuerzan por atender a las necesidades más inmediatas de los empobrecidos. Hemos de colaborar en la promoción de su desarrollo integral y en la transformación de las estructuras sociales injustas. [8]

• **No podemos ser indiferentes ante los millones de hermanos nuestros que siguen sin acceso al trabajo,** tienen puestos de trabajo que no les permiten vivir con dignidad y se ven abocados a la emigración. Pensamos de manera especial en los jóvenes, en los parados de larga duración, en los mayores de 50 años a los que se les cierra el acceso a un puesto de trabajo y en las mujeres víctimas de discriminación laboral y salarial. [9]

• **Tampoco podemos pasar por alto a los que no tienen vivienda** o se ven privados de ella por los desahucios. Ésta es otra de las muchas heridas sociales que acentúa la precariedad y la desesperación de miles de personas y familias.

• **Nos duele y nos debe seguir doliendo la pobreza y el hambre** en el mundo, sobre todo cuando la humanidad dispone de los medios y recursos necesarios para acabar con ella, como nos recuerda Cáritas Internationalis en la campaña "Una sola familia. Alimentos para todos".

• **No queremos acostumbrarnos a las historias de sufrimiento y de muerte** que se repiten en nuestras fronteras. A las de los miles de hombres y mujeres que huyen de las guerras, del hambre y la pobreza y no ven respetados sus derechos ni encuentran en el camino políticas migratorias que respeten su dignidad y su legítima búsqueda de mejores condiciones de vida. [10]

• **Particular preocupación deben suscitar entre nosotros los miles de personas que en nuestra propia tierra son objeto de trata,** así como las que se ven abocadas a situaciones de prostitución, en su mayoría mujeres, y que constituyen la nueva esclavitud del s. XXI. [11]

3. Transformados en Cristo, globalicemos la misericordia

Ante los planteamientos culturales y sociales del momento presente, que generan tanta marginación y sufrimiento, **estamos llamados a dejarnos afectar por la realidad y por la situación social que sufren nuestros hermanos más débiles y necesitados.** Es urgente romper el círculo que nos aísla llevándonos a un individualismo que hace difícil el desarrollo del amor y la misericordia en nuestro corazón. Como nos recuerda Jesucristo, la salvación y la realización personal y comunitaria pasan por el riesgo de la entrega: «El que quiera ganar su vida la perderá y el que esté dispuesto a perderla la ganará» (Mc 8,35).

La clave para salir de la indiferencia está en entregarse a los demás como lo hace Jesús. Él sigue partiendo su Cuerpo y derramando su Sangre en la Eucaristía para que nadie pase hambre ni tenga sed. Por eso, mientras veneramos y adoramos solemnemente en nuestros templos, plazas y calles a Jesús Eucaristía en la fiesta del Corpus Christi, le decimos:

Gracias, Señor, por este don admirable,
sacramento de tu presencia viva entre nosotros
y de comunión con Dios y los hermanos.
No permitas que nos dejemos vencer por la indiferencia.

Que nadie tenga la tentación de estar contigo,
de amarte y de servirte,
sin estar con los pobres,
amar a los que sufren
y servir a los necesitados.

Que nuestra contemplación, adoración
y participación en el misterio de la Eucaristía
nos identifique contigo,
nos ayude a superar la indiferencia
y a globalizar tu amor y tu misericordia.

15 de mayo de 2015

Comisión Episcopal de Pastoral Social